

El gran mandamiento (Marcos 12:28-34)

(Mr 12:28-34) “Acercándose uno de los escribas, que los había oído disputar, y sabía que les había respondido bien, le preguntó: ¿Cuál es el primer mandamiento de todos? Jesús le respondió: El primer mandamiento de todos es: Oye, Israel; el Señor nuestro Dios, el Señor uno es. Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el principal mandamiento. Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo. No hay otro mandamiento mayor que estos. Entonces el escriba le dijo: Bien, Maestro, verdad has dicho, que uno es Dios, y no hay otro fuera de él; y el amarle con todo el corazón, con todo el entendimiento, con toda el alma, y con todas las fuerzas, y amar al prójimo como a uno mismo, es más que todos los holocaustos y sacrificios. Jesús entonces, viendo que había respondido sabiamente, le dijo: No estás lejos del reino de Dios. Y ya ninguno osaba preguntarle.”

“Acercándose uno de los escribas”

En los últimos pasajes hemos estado considerando cómo los diferentes grupos en los que estaba dividido el judaísmo se acercaron a Jesús con la intención de ponerle en aprietos. También hemos visto que aunque entre ellos no se llevaban bien, sin embargo, estaban unidos por su odio a Jesús. La razón última para este profundo rechazo estaba en que él era bueno y trazaba con fidelidad la Palabra, lo que ponía en evidencia su maldad y la forma en la que ellos constantemente falseaban las Escrituras. Podrían haberle amado y admirado, pero se dejaron llevar por la envidia y el odio.

En este escenario, el último en aparecer con una pregunta fue un escriba. Como ya hemos señalado en otras ocasiones, los escribas eran los encargados de interpretar la Ley, aunque en realidad su interés se centraba mayormente en la tradición oral con sus innumerables supuestos prácticos.

Ahora bien, ¿con qué intenciones se acercó este escriba a Jesús?

- La primera cosa que nuestro texto nos dice es que había estado presente en la discusión que Jesús había mantenido con los saduceos y parecía satisfecho por la forma en la que les había hecho callar. Esto nos hace pensar que este escriba era muy probablemente de los fariseos y que por esta razón había visto con agrado la forma magistral con la que Jesús había defendido la creencia compartida por ellos en la resurrección. En ese caso, tal vez quería hacer suyo el triunfo de Jesús sobre los saduceos.
- Por otro lado, tenemos el pasaje paralelo en el evangelio de Mateo, en el que se nos dice que el escriba le *“preguntó por tentarle”* (Mt 22:35). Sin embargo, aunque algo de esto pudiera haber habido en sus intenciones originales, parece que finalmente hubo cierto acercamiento a Jesús, con el que quedó admirado al escuchar su sabiduría. A esto debemos sumar las palabras que Jesús le dijo: *“No estás lejos del reino de Dios”* (Mr 12:34). Quizá podemos suponer que en este hombre había cierta sinceridad en su búsqueda de la verdad, pero que inicialmente estaba influido por el clima de desconfianza que se respiraba contra Jesús entre sus correligionarios.

“¿Cuál es el primer mandamiento de todos?”

La pregunta que hizo a Jesús era típica de un escriba judío. Los rabinos habían identificado 613 mandamientos que dividían de diferentes maneras mientras sostenían complicadas discusiones. ¿Tenían todos la misma importancia? ¿Cuál de ellos era el más importante?

Pero dejando a un lado los interminables debates que los judíos pudieran tener sobre el tema, no cabe duda de que el asunto es importante y sigue teniendo relevancia para nosotros. Hoy en día muchos estudian la Palabra de Dios y ponen mucho énfasis en temas como el sábado, el ayuno, o el diezmo, como si estas cosas fueran las más importantes de la Ley de Dios. Y por otro lado, está la opinión popular sostenida por aquellos que normalmente no estudian la Biblia y que creen que si no han matado, robado o violado, ya han cumplido los principales mandamientos y Dios no les condenará.

Para saber si estas actitudes son correctas, es importante que volvamos a escuchar nuevamente la respuesta que Jesús le dio al escriba.

“El Señor nuestro Dios, el Señor, uno es”

Como era habitual en Jesús, él volvió a usar las Escrituras para dar su respuesta. En esta ocasión citó el resumen que Moisés había hecho de la Ley:

(Dt 6:4-5) “Oye, Israel: Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas.”

Notemos que el primer punto de este resumen consistía en una declaración del monoteísmo que caracterizó a la revelación de Dios y que lo distinguió durante milenios de todas las demás religiones de la antigüedad.

La Palabra afirma que hay un sólo Dios que se identifica con el nombre de Jehová. Él es el Creador y Sustentador de todo cuanto existe y fuera de él no hay ningún otro. Sólo él ha intervenido en la historia de los hombres para salvarlos y se ha revelado a través de su Palabra:

(Is 44:6-8) “Así dice Jehová Rey de Israel, y su Redentor, Jehová de los ejércitos: Yo soy el primero, y yo soy el postrero, y fuera de mí no hay Dios. ¿Y quién proclamará lo venidero, lo declarará, y lo pondrá en orden delante de mí, como hago yo desde que establecí el pueblo antiguo? Anúncienles lo que viene, y lo que está por venir. No temáis, ni os amedrentéis; ¿no te lo hice oír desde la antigüedad, y te lo dije? Luego vosotros sois mis testigos. No hay Dios sino yo. No hay Fuerte; no conozco ninguno.”

Pero el hombre no ha querido servir al único Dios verdadero y constantemente se ha inventado otros. Y la verdad es que aunque han pasado muchos siglos, el hombre sigue dando culto a las mismas divinidades paganas del pasado. En la actualidad, uno de los dioses al que la sociedad rinde su culto en todas partes es el sexo, al que los antiguos griegos llamaban “Afrodita”. Y lo mismo ocurre con otras muchas viejas divinidades paganas, como por ejemplo el alcohol, al que muchos siguen entregando sus vidas como si de un dios se tratara, y al que los griegos ya habían puesto el nombre de “Dionisio” o “Baco”; y lo mismo podríamos decir del dios de la guerra, el dinero, el placer, la fama, el Estado... Cada vez que el hombre incrédulo se enfrenta con circunstancias en su vida que escapan de su control, las atribuye al “Azar”, la misma diosa a la que los griegos denominaron “Tique”. Y muchos evolucionistas de la antigüedad, y también modernos,

creen que este dios del “Azar” es el responsable último de la aparición de los seres humanos sobre la tierra.

Por lo tanto, la primera cuestión con la que nos tenemos que enfrentar, no es si creeremos en Dios o no, porque como la experiencia de siglos ha demostrado, el hombre siempre ha creído en algo. El punto fundamental es si creeremos en el único Dios verdadero o nos crearemos otros dioses que ocupen su lugar en nuestras vidas.

“El primer mandamiento de todos es...”

Una vez establecido el hecho fundamental de que hay un sólo Dios verdadero, Jesús pasó a afirmar que éste debía ocupar el lugar supremo en la vida del hombre.

Esto es algo que debemos recordar constantemente en nuestras vidas, porque con frecuencia gastamos todas nuestras energías en otras muchas cosas, dejando a Dios en el último lugar. Atendemos a las demandas y presiones de otros y nos olvidamos de lo que Dios quiere de nosotros. Y en otras muchas ocasiones, cuando por fin tenemos en cuenta a Dios, creemos que él tiene que estar a nuestra entera disposición para librarnos de cualquier inconveniente o molestia que nos pudiera surgir, como si nosotros y nuestras circunstancias fuéramos lo más importante en este mundo. Pero con su contestación, el Señor Jesucristo nos recuerda que Dios debe ocupar la prioridad en todo.

A continuación explica que la actitud correcta del hombre ante su Creador debe ser de amor. El hombre debe amar a Dios sobre todo su ser y con todas sus facultades.

(Mr 12:30) *“Y amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, y con toda tu alma, y con toda tu mente y con todas tus fuerzas. Este es el principal mandamiento.”*

Sin lugar a dudas, este es el mandamiento más difícil de cumplir para el hombre. Las razones son varias:

I. “Amarás a Dios con toda tu mente”

El Maestro añadió *“la mente”* entre aquellas facultades que le han sido dadas al hombre y que deben estar involucradas en su amor a Dios. Tal vez a muchos les parezca extraña esta inclusión, porque identifican el *“amor”* con las emociones y no con el intelecto. Algo de esto parece estar ocurriendo en la actualidad en algunas iglesias evangélicas, donde lo importante parece ser lo que se siente en los cultos y no lo que se aprende de la Palabra. Parece como si para poder participar en ciertos encuentros fuera necesario primero apagar la mente y después dejarse llevar por el ambiente. También la música cristiana moderna parece estar diseñada con ese mismo fin. Es triste observar como las letras de las canciones cada vez son más pobres en contenidos y agotadoramente repetitivas.

Pero el Señor Jesucristo dijo que para amar a Dios es imprescindible usar también la mente. ¿Cómo podemos amar a alguien a quien no conocemos? ¿Y cómo podemos adorarlo correctamente? La única forma de conocerle es a través de su Palabra, y si la desconocemos, tendremos que escuchar la misma reprensión que Jesús hizo a la mujer samaritana: *“Vosotros adoráis lo que no sabéis” (Jn 4:22)*. Tal vez nuestras intenciones sean buenas, pero lo estaremos haciendo mal. No se puede amar ni adorar a un Dios al que no conocemos. Al apóstol Pablo le sorprendió la religiosidad de los antiguos atenienses, que habían llegado incluso a construir un altar *“al Dios no conocido” (Hch 17:23)*. Inmediatamente comenzó a explicarles quién era ese Dios al que ellos desconocían para que pudieran adorarlo de verdad.

Si no conocemos a Dios, nuestro amor por él no pasará de ser un sentimiento momentáneo, una atracción vaga y fácilmente pasajera.

2. ¿Cómo es posible amar a un Dios santo?

Pero si en nuestra lucha por amar a Dios tenemos que reconocer dificultades intelectuales, no son éstas las más difíciles que tenemos que superar. ¿Cómo puede un hombre pecador llegar a amar a un Dios santo que aborrece el pecado?

El evangelista Lucas nos relata la visita que Jesús hizo a casa de un fariseo llamado Simón (Lc 7:36-50). Durante la comida, el Señor le contó una parábola en la que presentó el pecado como una deuda que no se puede pagar: *“Un acreedor tenía dos deudores: el uno le debía quinientos denarios, y el otro cincuenta; y no teniendo ellos con qué pagar, perdonó a ambos. Dí, pues, ¿cuál de ellos le amará más?”*. Todos podemos entender sin dificultades que mientras la deuda estaba sin saldar, era muy difícil, por no decir imposible, que el deudor amara a su acreedor que constantemente le amenazaba con llevarle a los tribunales. Y una vez más, la sencilla parábola que Jesús contó, ilustraba de una forma exacta las grandes dificultades que el hombre pecador tiene para amar a un Dios santo. Pero en un momento del relato, la parábola dio un giro inesperado: el acreedor perdonó a los dos deudores. Sin lugar a dudas, en la sociedad es muy difícil encontrar a un acreedor tan generoso y compasivo que esté dispuesto a perdonar la deuda por completo, borrándola sin más. Pero el hecho es que esto es precisamente lo que Dios ha hecho con nosotros. Entonces es cuando tiene sentido la pregunta que Jesús hizo para terminar: ¿Cuál de los dos deudores que habían sido perdonados le amaría más? De repente todo había cambiado, el acreedor ya no inspiraba temor, sino todo lo contrario. Y lo mismo ocurre con todo aquel que ha visto cancelada su deuda con Dios; inmediatamente surge dentro de él un profundo amor y gratitud hacia quien le ha tratado de forma tan generosa y buena. De hecho, si una vez que hemos sido perdonados por Dios mantenemos una actitud fría y distante con él, sería más que razonable dudar de si realmente hemos experimentado genuinamente el perdón de Dios. Esto era precisamente lo que Jesús quería enseñar al frío y calculador Simón.

Relacionando lo que acabamos de considerar con el mandamiento de amar a Dios, tenemos que concluir que es imposible que el hombre llegue a amar a Dios en tanto que no haya experimentado primero el perdón y el amor de Dios en su propia vida. El apóstol Juan lo expresó de la siguiente manera:

(1 Jn 4:10,19) “En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó a nosotros, y envió a su Hijo en propiciación por nuestros pecados... Nosotros le amamos a él, porque él nos amó primero.”

El amor hacia Dios sólo puede surgir como una consecuencia del perdón recibido, y la falta de este amor, demuestra inevitablemente la falta de él.

“Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón”

Amar a Dios le proporciona al hombre la única meta que, en último término, es lo suficientemente grande como para satisfacer su intelecto, sus emociones y sus esfuerzos. Cualquier otra alternativa le dejará con una profunda sensación de insatisfacción, y siempre terminará degradando y esclavizando su espíritu. Y esta es la razón por la que el hombre moderno busca frenéticamente nuevas sensaciones y experiencias con el fin de llenar de alguna manera el vacío que la ausencia de Dios deja en su ser.

Sin embargo, el diablo ha logrado introducir en la mente y el corazón del hombre la idea opuesta: Dios es un tirano todopoderoso, decidido a quitarle toda libertad y a negarle los grandes placeres de la vida. Por eso, el hombre lucha constantemente por liberarse de un

Dios así. No olvidemos que esta fue la tentación que la serpiente presentó a Adán y Eva en el huerto del Edén:

(Gn 3:1-6) *“Pero la serpiente era astuta, más que todos los animales del campo que Jehová Dios había hecho; la cual dijo a la mujer: ¿Conque Dios os ha dicho: No comáis de todo árbol del huerto? Y la mujer respondió a la serpiente: Del fruto de los árboles del huerto podemos comer; pero del fruto del árbol que está en medio del huerto dijo Dios: No comeréis de él, ni le tocaréis, para que no muráis. Entonces la serpiente dijo a la mujer: No moriréis; sino que sabe Dios que el día que comáis de él, serán abiertos vuestros ojos, y seréis como Dios, sabiendo el bien y el mal. Y vio la mujer que el árbol era bueno para comer, y que era agradable a los ojos, y árbol codiciable para alcanzar la sabiduría; y tomó de su fruto, y comió; y dio también a su marido, el cual comió así como ella.”*

Adán y Eva decidieron que querían ser independientes de Dios, decidir por ellos mismos lo que era bueno y lo que era malo. De hecho, llegaron a imaginar que podían ser sus propios dioses: *“Seréis como Dios”*. Esto les condujo inmediatamente a la separación de Dios, y a un sentimiento de culpa y de vergüenza que les hizo huir y esconderse de Dios. Y todos nosotros les hemos seguido en ese mismo camino de desobediencia e independencia.

Por esta razón, cuando Jesús fue interrogado por el escriba acerca de cuál era el principal mandamiento de la ley de Dios, él volvió al propósito inicial por el que el hombre había sido creado, y que no era otro que el de disfrutar de todas las cosas en una relación plena de amor con Dios.

Precisamente ese era el propósito de su venida a este mundo: volver a reconducir al hombre a esta relación perdida con Dios. ¿Pero cómo podría convencer a los hombres de que Dios no es un tirano todopoderoso, tal como el diablo les ha hecho creer? Sin lugar a dudas, éste era uno de los grandes retos que tenía por delante.

- Para ello, una de las primeras cosas que hizo fue desenmascarar al diablo. Habló con total claridad acerca de él: *“El ha sido homicida desde el principio, y no ha permanecido en la verdad, porque no hay verdad en él. Cuando habla mentira, de suyo habla; porque es mentiroso, y padre de mentira” (Jn 8:44)*. La acusación de Cristo quedaba demostrada por lo que ocurrió al principio de la creación: el diablo aseguró a Eva que no morirían si comían del árbol, y fue mentira. De hecho, quedó constancia de que el diablo es un homicida, ya que con sus mentiras condujo a nuestros padres por el camino que les llevaría a la muerte.
- Pero aún había algo más que Cristo iba a hacer para ganar el amor de los hombres para Dios. Como él dijo en repetidas ocasiones, había sido enviado por su Padre para dar su propia vida para salvar a los hombres. Este sería un argumento incontestable. ¿Cómo podría el diablo seguir haciendo creer a los hombres que Dios no los ama si ha estado dispuesto a dar por ellos a su Hijo amado? ¿Y cómo podrían los hombres permanecer indiferentes ante esta prueba tan grande de amor?

Después de considerar todo esto, debemos concluir que el mayor pecado del hombre es que no ama a Dios con todo su corazón, con toda su alma, con toda su mente y con todas sus fuerzas. Por supuesto, si preguntamos a la gente, nadie dirá que el mayor pecado es este, tal vez incluirán el asesinato, la violación, el robo u otras cosas similares. Pero esta no es la forma en la que lo ve Dios. En este sentido, hay muchas personas que socialmente son consideradas buenas y decentes, que jamás se les pasaría por su mente

la idea de cometer homicidio o adulterio, pero que sin embargo, a los ojos de Dios son grandes pecadores debido a que han desplazado a Dios del centro de sus vidas.

“Y el segundo es semejante: Amarás a tu prójimo como a ti mismo”

Aunque el escriba sólo había preguntado cuál era el principal mandamiento, Jesús fue más allá en su contestación y también le indicó cuál era el segundo mandamiento en importancia. Para ello, nuevamente volvió a citar las Escrituras:

(Lv 19:18) *“No te vengarás, ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo Jehová.”*

I. Ambos mandamientos son semejantes

Notemos que Jesús dijo que este segundo mandamiento era semejante al anterior. Con esto estaba dando a entender que ambos estaban íntimamente ligados. Si amamos a Dios, necesariamente debemos amar a nuestro prójimo que lleva la imagen de Dios. El apóstol Juan explicó que era imposible amar a Dios y no amar a nuestro prójimo:

(1 Jn 4:20-21) *“Si alguno dice: Yo amo a Dios, y aborrece a su hermano, es mentiroso. Pues el que no ama a su hermano a quien ha visto, ¿cómo puede amar a Dios a quien no ha visto? Y nosotros tenemos este mandamiento de él: El que ama a Dios, ame también a su hermano.”*

Además, el Señor señaló que este segundo mandamiento era “semejante” al anterior porque sólo el amor puede ordenar correctamente nuestra relación con Dios y también con nuestro prójimo.

2. El segundo mandamiento depende del primero

No debemos olvidar que si primeramente no amamos a Dios, tampoco podremos amar correctamente a nuestro prójimo, porque la fuente del amor verdadero no se encuentra en nosotros mismos, sino que proviene de Dios y fluye a través de nosotros.

Esta es la razón última por la que el ser humano no logra hacer que este mundo sea un lugar donde se respire paz y amor. Un mundo que ha dejado a Dios fuera de su sociedad, nunca tendrá los recursos necesarios para manifestar amor y traer paz en la relación con sus semejantes, aunque irónicamente, seguirá culpando a Dios de todo lo que le ocurre. ¿Quién no ha escuchado infinidad de veces comentarios del tipo de, “si Dios existe, por qué hay guerras... por qué permite...”?

Sólo cuando amamos a Dios estamos preparados para atender las dificultades que nos puedan surgir en nuestras relaciones personales, ya sea con nuestra esposa o esposo, con nuestros hijos, con el vecino, el amigo o el jefe...

3. ¿Quién es nuestro prójimo?

Esta fue la pregunta que otro interprete de la ley le hizo a Jesús con el fin de justificarse **(Lc 10:29)**. Según su interpretación, el “prójimo” sólo incluía a aquellos que eran judíos como ellos, pero Jesús le contó la conocida parábola del “buen samaritano” con la intención de explicarle que el deber de amar a su prójimo incluía también a aquellos que no eran judíos. Y en otra ocasión indicó que esto incluía también a nuestros enemigos:

(Mt 5:43-47) *“Oísteis que fue dicho: Amarás a tu prójimo, y aborrecerás a tu enemigo. Pero yo os digo: Amad a vuestros enemigos, bendecid a los que os maldicen, haced bien a los que os aborrecen, y orad por los que os ultrajan y os*

persiguen; para que seáis hijos de vuestro Padre que está en los cielos, que hace salir su sol sobre malos y buenos, y que hace llover sobre justos e injustos. Porque si amáis a los que os aman, ¿qué recompensa tendréis? ¿No hacen también lo mismo los publicanos? Y si saludáis a vuestros hermanos solamente, ¿qué hacéis de más? ¿No hacen también así los gentiles?”

4. ¿Cómo debemos amar a nuestro prójimo?

Tal como hemos señalado anteriormente, sólo podremos amar a nuestro prójimo como un resultado de haber experimentado primeramente el amor de Dios en nuestras vidas, y este mismo amor es el que tenemos que hacer llegar hasta nuestro prójimo:

(Jn 13:34) “Un mandamiento nuevo os doy: Que os améis unos a otros; como yo os he amado, que también os améis unos a otros.”

Ahora bien, para muchos, el amor no es nada más que una palabra bonita que les gusta usar con frecuencia. Pero si hemos de concederle el valor que Dios le da, tenemos que decir que es mucho más que un bello concepto. El apóstol Pablo nos ha dejado un hermoso resumen del tipo de amor que Dios espera de nosotros:

(1 Co 13:4-7) “El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia, el amor no es jactancioso, no se envanece; no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, mas se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.”

Como vemos, el amor del que Cristo nos habla es ante todo activo y capaz de sacrificarse. Nada tiene que ver con el concepto pasivo que algunos han expresado: “no hagas a los demás lo que no quieras que te hagan a ti”. Por supuesto, este principio está bien, pero el Señor Jesucristo fue mucho más lejos al expresar de una forma positiva y activa cómo debe ser nuestro amor por el prójimo:

(Mt 7:12) “Así que, todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos.”

Y por último, en este breve resumen de algunas de las características del amor que Dios espera de nosotros hacia él y también hacia nuestro prójimo, tenemos que incluir que este amor está íntimamente ligado con la obediencia a su Palabra.

(Jn 14:15) “Si me amáis, guardad mis mandamientos.”

Cómo decíamos, el amor es mucho más que palabras, implica acciones concretas. Cualquier madre dudaría si su hija le dijera una y otra vez cuánto le ama, pero al mismo tiempo le desobedeciera constantemente. Y por supuesto, lo mismo ocurre en nuestra relación con Dios. El Señor Jesucristo dijo que la obediencia a su Palabra era una demostración clara de nuestro amor por él.

Y no sólo esto, también debemos dejarnos guiar por su Palabra para expresar correctamente nuestro amor. Decimos esto porque con facilidad expresamos el amor “a nuestra manera”, que no es otra cosa que una forma de encubrir nuestro egoísmo. Por el contrario, la Palabra nos muestra de qué manera podemos amar auténticamente a Dios y a nuestro prójimo. Ni aún para esto podemos confiar en nuestro propio corazón.

El propósito de la ley

Al llegar a este punto, si somos honestos, tendremos que reconocer que ninguno de estos dos mandamientos de la ley son fáciles de cumplir. De hecho, para nuestra propia vergüenza tendremos que admitir que los hemos quebrantado innumerables veces.

¡Con cuanta facilidad ponemos por delante nuestras aficiones, trabajo, estudios y dejamos en el último lugar a Dios! ¡Cuántas veces hemos sido egoístas en nuestras relaciones con nuestro prójimo!

Por lo tanto, aquellas personas que interpretan estos pasajes como la forma que estableció el Señor Jesucristo para nuestra salvación están completamente equivocados. Nadie ha cumplido estos mandamientos, y nadie se salvará por ello.

¿Cuál es entonces el propósito de la Ley?

1. Manifestar nuestro pecado y llevarnos a Cristo

Este fue el tema de una de las grandes controversias que Pablo tuvo con los gálatas. Ellos habían empezado a pensar que podían salvarse por cumplir algunos mandamientos “principales”, pero Pablo les explicó que el propósito de la Ley era “sacar a la luz” el pecado para que de esa forma fuéramos a Cristo en busca de salvación.

(Ga 3:24) “De manera que la ley ha sido nuestro ayo, para llevarnos a Cristo, a fin de que fuésemos justificados por la fe.”

O como lo explicó en su carta a los Romanos:

(Ro 3:20) “Ya que por las obras de la ley ningún ser humano será justificado delante de él; porque por medio de la ley es el conocimiento del pecado.”

2. Manifiesta el carácter de Dios

Para todos aquellos que hemos reconocido nuestra incapacidad de salvarnos por nosotros mismos y hemos acudido a Cristo, la ley sigue teniendo mucho valor. En ella encontramos manifestado el carácter de Dios, y de esta manera también aprendemos a amarle.

Además, ahora por medio de su Espíritu Santo hemos recibido el poder para cumplir aquellos mandamientos que antes nos resultaban inalcanzables. No olvidemos que *“el fruto del Espíritu es amor” (Ga 5:22)*.

“El amor es más que todos los holocaustos y sacrificios”

El escriba quedó admirado por la respuesta de Jesús y sin ninguna reserva manifestó la honda impresión que sus palabras le había causado. Esto le diferenciaba claramente de sus otros correligionarios que nunca llegarían a admitir nada bueno en Jesús.

Pero en su confesión, no sólo volvió a repetir lo que Jesús ya había dicho, sino que dio un gran paso hacia delante cuando afirmó que el amor a Dios y al prójimo era *“más que todos los holocaustos y sacrificios”*.

Quizá para nosotros esta declaración no tenga mucha importancia, pero no olvidemos que él era un escriba del judaísmo, muy probablemente fariseo, y que para ellos los rituales del templo y las formas externas de la religión lo eran todo. Para entender esto mejor deberíamos considerar algunas de las serias reprensiones que el Señor les hizo en otras ocasiones:

(Mt 23:23-26) “¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque diezmaís la menta y el eneldo y el comino, y dejáis lo más importante de la ley: la justicia, la misericordia y la fe. Esto era necesario hacer, sin dejar de hacer aquello. ¡Guías ciegos, que coláis el mosquito, y tragáis el camello! ¡Ay de vosotros, escribas y fariseos, hipócritas! porque limpiáis lo de fuera del vaso y del plato pero por dentro

estáis llenos de robo y de injusticia. ¡Fariseo ciego! Limpia primero lo de dentro del vaso y del plato, para que también lo de fuera sea limpio.”

En estas circunstancias, su confesión de la necesidad de una obra interna, vital y espiritual para poder agradar a Dios, se revestía de mucha importancia. No era fácil que un hombre como él llegara a manifestar de esta forma tan espontánea y sincera su acuerdo con Jesús en que el formalismo religioso por sí solo no puede agradar a Dios.

Seguramente esta confesión tan explícita del escriba fue la causa directa por la que Jesús le dijo que no estaba lejos del reino de Dios.

Pero llegados a este punto, no debemos pensar sólo en el escriba. Nosotros mismos tenemos que reconocer que nos resulta fácil dejar que el “ritual” ocupe el lugar del amor. Podemos participar en cultos y hasta exhibir cierta piedad en público sin que se corresponda con una santidad interior y personal. De hecho, la religión es un buen lugar donde esconderse para no tener que amar a Dios.

El escriba se dio cuenta, y nosotros también debemos hacerlo, que Dios no está interesado en la mera actividad religiosa, lo que él está buscando es nuestro corazón. El culto sólo tiene valor cuando está ligado al amor a Dios y al prójimo.

“No estás lejos del reino de Dios”

Nuestro Señor ensalzó la actitud de este escriba y reconoció que estaba cerca del reino de Dios. Sin embargo, notamos que no dijo que ya estaba “dentro” del reino de Dios, sino que “no estaba lejos”. Esta diferencia es vital. ¿Qué le faltaba?

La contestación la encontraremos en el siguiente párrafo. Allí veremos que el Señor vuelve a referirse a los escribas, y notaremos que lo que le faltaba era creer en Jesús como el legítimo descendiente de David, como su Dios, Señor y Salvador. Sólo entonces podría entrar en el reino de Dios.

Preguntas

1. ¿Qué importancia tiene la declaración de monoteísmo que Jesús citó: *“El Señor nuestro Dios, el Señor, uno es”*? Relaciónela con el tema que estamos estudiando.
2. ¿Por qué cree que es importante amar a Dios con toda la mente? ¿Le parece que este es un aspecto que se descuida en el cristianismo actual? Si es así, ponga algún ejemplo.
3. Algunas personas creen que si logran amar a Dios, de esta forma conseguirán su salvación. ¿Cree que esto es posible? ¿Qué aprende en **(Lc 7:36-50)** acerca de esto?
4. ¿Qué ideas ha sembrado el diablo en las mentes y corazones de los hombres en cuanto a Dios? ¿De qué manera iba el Señor Jesucristo contrarrestarlas?
5. Razone extensamente sobre el segundo mandamiento: *“Amarás a tu prójimo como a ti mismo”*. ¿Por qué cree que Jesús unió este mandamiento con el anterior? ¿Qué tipo de amor espera Dios de nosotros? ¿Quién es nuestro prójimo?